Capítulo 7

La santificación también es por fe

Gálatas 3:1-5

La abuela de mi esposa era muy celosa en lo que se refiere a la observancia del sábado. Ella jamás habría hervido o cocinado una papa en ese día, pues la Biblia dice: "Lo que habéis de cocer, cocedlo hoy [viernes], y lo que habéis de cocinar, cocinadlo; y todo lo que os sobrare guardadlo para mañana [sábado]" (Éxodo 16:23).

Sin embargo, la abuela no tenía problemas en llegar del culto el sábado, rebanar las papas que había hervido el día anterior y *freirías,* ¡porque la Biblia no decía que no se pudiera freír algo durante el sábado!

Usted y yo sonreímos ante un literalismo tan extremo. Pero desafortunadamente, la actitud de la abuela, también conocida como legalismo, está muy viva y goza de buena salud en el adventismo contemporáneo. Seguramente todos hemos conocido a alguna persona que se erigió a sí mismo en guardián de la ortodoxia de la iglesia. Tuve un miembro de iglesia así en un lugar donde trabajé como pastor. Ella ponía en sus labios la más dulce de las sonrisas, guiñaba sus ojos y le decía a cada cual en qué se había equivocado. ¡Estoy seguro de que ella no perecerá en el lago de fuego por no dar a la trompeta el sonido certero en Sión y advertir a sus hermanos de los pecados de ellos!

Si usted lee cuidadosamente Gálatas 3:1-5, descubrirá que éste es exactamente el problema con el que Pablo tuvo que lidiar.

Pablo comienza Gálatas 3 de una manera interesante: "¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?" (versículo 1). ¡Son palabras fuertes! ¿Cómo se sentiría usted si alguien lo confrontara de esa manera en relación con las creencias doctrinales que usted aprecia?

¿Por qué se expresó Pablo de una manera tan áspera? Porque se sentía profundamente preocupado por la vida espiritual de sus amigos gálatas. En Gálatas 2:20 había dicho: "Con Cristo estoy ciertamente crucificado". Ahora dice: "Ante vuestros ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado". *Cristo crucificado es un asunto espiritual.* Y la teología del partido judío que contendía en Galacia estaba a punto de destruir ese asunto espiritual. ¡No es, pues, de sorprenderse que Pablo estuviera tan preocupado!

En el versículo 2 él dice: "Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?" Y repite la pregunta en el versículo 3: "¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?" Y en el versículo 5 dice: "Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?"

Recibir el Espíritu es un asunto profundamente espiritual.

Creo que puede decirse que la mayoría de los adventistas creen en la justificación por la fe. Al menos es lo que pretendemos. Justificación significa que cuando confesamos nuestros pecados, Dios los perdona y nos declara justos. Él nos acepta, como dice Elena de White, como si nunca hubiéramos pecado (véase *El camino a Cristo,* p. 62). Nuestro registro celestial es limpiado y, en lo que a Dios concierne, es como si nunca hubiéramos cometido todos esos pecados pasados. Se trata de una acción instantánea. Eso es *justificación.*

Sin embargo, en Gálatas 3:1-5, lo cual estamos estudiando en este momento, la atención de Pablo no está centrada en la justificación, sino en el Espíritu Santo. La mayoría de nosotros estamos acostumbrados a la idea de que la justificación es recibida por fe, pero note que, según Pablo, los cristianos también reciben el Espíritu por fe:

* "¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?" (versículo 2).
* "Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?" (versículo 5).

El Espíritu Santo cumple una función tanto en la justificación como en la santificación. Confesamos nuestros pecados y procuramos el perdón divino (la justificación) porque hemos sido convencidos de nuestros pecados por el Espíritu Santo. Esa misma convicción hace que deseemos obtener la victoria sobre nuestros pecados. El Espíritu Santo viene nuevamente en nuestra ayuda. Él transforma nuestro corazón, eliminando de él el deseo de pecar, y nos da el poder que necesitamos para resistir la tentación. Eso es santificación. Me gustaría sugerir que la santificación requiere de la fe tanto como la justificación.

Así que la pregunta real que Pablo dirigió a los cristianos gálatas fue: ¿Qué hace de una persona un cristiano genuino, lleno del Espíritu Santo? ¿Qué hace de una persona un cristiano victorioso: hacer o creer? ¿Es la verdadera religión un corazón que ha sido transformado por el Espíritu Santo, o un estilo de vida? En un sentido, ambas cosas no pueden ser separadas, porque nuestras obras dan evidencia de que hemos aceptado al Espíritu Santo por fe y de que hemos experimentado una transformación del corazón. El problema surge cuando quienes no tienen el corazón transformado piensan que porque viven de acuerdo con las reglas o normas de un estilo de vida cristiano son cristianos genuinos. Eso es legalismo.

Los adventistas hemos sido llamados legalistas durante años porque observamos el séptimo día, el sábado. No pienso que sea eso lo que nos hace legalistas. No cabe duda de que existen muchos adventistas legalistas, y tampoco cabe duda de que muchos (si no la mayoría) adventistas legalistas guardan el sábado de manera legalista. Pero el sábado en sí mismo no es lo que los hace legalistas. Lo que los hace legalistas es su énfasis total en el estilo de vida. El legalismo es la creencia de que lo que uno hace lo convierte en religioso y lo salva. Cualquier persona cuya religión pone un énfasis mayúsculo en el estilo de vida, como lo hacemos los adventistas, está en grave peligro de caer en el legalismo. Además de las reglas que tienen que ver

con la observancia del sábado, tenemos una reforma en materia de salud y alimentación, un código de vestimenta y adorno personal, y prohibiciones contra ciertas clases de entretenimientos.

Puesto que la observancia del sábado es uno de los asuntos que tienen que ver con nuestro estilo de vida, utilicémoslo por un momento como ejemplo.

¿Es correcto mojarse los pies caminando por la orilla del mar el sábado de tarde, o en un río o lago cercano a nuestro hogar? Usted sólo se quita los zapatos y deja que el agua moje sus pies. Creo que difícilmente alguien dijera que eso está mal. Pero suponga que usted permite que el agua llegue hasta sus tobillos. ¿Es eso condenable? ¿Y hasta las rodillas? ¿Y si usted levanta su ropa y permite que el agua llegue hasta sus muslos? Usted ya permitió que su ropa se mojara un poco. ¿Es correcto refrescarse en el agua durante el sábado siempre y cuando su ropa no se moje? Tal vez usted diga: "Bueno, tal vez es correcto hasta los muslos". Pero suponga que usted introduce todo su cuerpo en el agua y sumerge también su cabeza. Y entonces nada un poco alrededor. ¿Es eso malo? Suponga que usted cruza a nado el lago. ¿Es eso peor que caminar alrededor del lago en sábado?

Estoy seguro de que en cualquier grupo de adventistas encontraríamos una variedad de respuestas a esas preguntas. El punto que quiero destacar es que estas son las clases de cosas que empiezan a debatir quienes tienen un estilo de vida estricto. Las discusiones semejantes a la del agua pueden volverse interminables, hasta que comprendemos que no estamos hablando en absoluto acerca de cuestiones que tienen que ver con la fe. En cambio, estamos hablando acerca de la obediencia a reglas y normas. Nos estamos preguntando si una persona que nada en el lago el sábado de tarde es salva, si una persona que usa un poco de adorno o va al teatro de vez en cuando es salva. ¡Y de pronto el razonamiento del partido judío comienza a resultarnos familiar!

Permítame asegurarle que el partido judío se habría sentido sumamente cómodo en algunos círculos adventistas. Ellos habrían encontrado gran satisfacción en debatir acerca de si quienes usan anillo de casamiento, aros o asisten al teatro pueden ser salvos. No estoy diciendo que esas cosas sean irrelevantes. Pero usar o no usar joyas no es la verdadera cuestión. Tampoco lo es la asistencia al teatro. El

tema es la mente. ¿Soy vanidoso? ¿Soy orgulloso? ¿Me gusta alimentar mi mente con violencia y lascivia? Sin duda *es* apropiado preguntar si la vanidad, el orgullo y el libertinaje amenazan nuestra salvación. Si las joyas conducen a la vanidad y al orgullo, son un error. Si las películas y los programas de TV llenan nuestra mente de basura, son un error. Y esos asuntos *pueden* ser una seria amenaza para nuestra vida eterna.

La salvación tiene que ver con la mente y con quién la controla. Tiene que ver con los sentimientos que controlan nuestra mente. Tiene que ver con el Espíritu, la creencia y la fe, y no con discutir hasta qué punto del cuerpo es lícito mojarse en sábado.

Pablo diría: "Oh adventistas insensatos... ¿Recibisteis el Espíritu por observar las normas de la iglesia, o por aceptar con fe lo que oísteis?" Me temo que muchos de nosotros, los adventistas, necesitamos escuchar las palabras de Pablo a los gálatas, pues una de nuestras grandes tentaciones es poner el rótulo de "infiel" en la espalda de todo aquel que no sigue nuestro estilo de vida tan bien como creemos que debería hacerlo.

Claro que es necesario prestar atención cuidadosa a lo que comemos y bebemos, a lo que usamos y a los lugares donde vamos en busca de entretenimiento, pero estamos en grave peligro de perder la vida eterna si creemos que nuestra obediencia a esas normas y reglas asegura nuestra posición ante los ojos de Dios. Esas reglas no tienen nada que ver con nuestra situación ante Dios. Nuestra posición ante Dios está determinada por nuestra fe en Jesucristo.

¿Se siente tentado a acusarme de destruir el adventismo? Entonces tal vez usted comprende la preocupación de los cristianos judíos, que decían: "Pablo, tú estás destruyendo el judaísmo". Porque así como ciertas prácticas habían llegado a ser una parte importante del judaísmo, ciertas prácticas han llegado a ser una parte importante del adventismo. Y siempre existe la tentación de pensar, como los cristianos judíos lo hacían, que el hecho de ver las prácticas desde una nueva perspectiva (no la tradicional) significa destruir nuestra religión, nuestra espiritualidad y nuestra conexión con Dios.

Podemos pensar que aquellos de entre nuestros hermanos que no viven el estilo de vida adventista como nosotros lo hacemos están poniendo en peligro su espiritualidad, pero no tenemos la me-

nor idea de cómo es la vida espiritual de esas personas o cómo es su conexión con Cristo. Sencillamente no podemos juzgarnos unos a otros a ese nivel. Tan pronto como lo intentamos, estamos dentro del legalismo.

Volvamos ahora al tema de este capítulo y al tema de las observaciones de Pablo en Gálatas 3:1-5. La pregunta usual de Pablo es si un cristiano recibe la *justificación* por fe o por obras, pero el asunto clave en este pasaje es si el cristiano recibe *el Espíritu Santo* por fe o por obras. Jesús dijo que el Espíritu Santo es quien nos convierte (véase Juan 3:3, 5), y la conversión transforma el corazón, haciendo posible la obediencia a la ley de Dios. Las personas convertidas, quienes han recibido el Espíritu Santo, no sienten que *tienen que* obedecer la ley de Dios, sino que *quieren* obedecer.

Esto significa que tanto la conversión como la santificación son hechas posibles por fe, igual que la justificación. En el contexto de la argumentación de Pablo en Gálatas, resulta claro que la conversión y la santificación comienzan en el momento en que colocamos nuestra fe en Jesucristo, como ocurre con la justificación.

Existe una especie de debate dentro del adventismo actual acerca de si la conversión es parte de la justificación. Algunas personas insisten en que la justificación es exclusivamente una transacción legal que ocurre en los libros del cielo cuando Cristo perdona los pecados de un cristiano, y que no tiene nada que ver con la experiencia interna de esa persona. No estoy de acuerdo con esa posición, y creo que en Gálatas 3:1-5 Pablo tampoco está de acuerdo con ella. Un respetado erudito bíblico, que es especialista en el libro de Gálatas, hizo el siguiente comentario acerca de este pasaje:

"Pablo da por sentado que el hecho de que Abraham fuese justificado por la fe *demuestra* que los gálatas debieron haber recibido el Espíritu sólo por fe; y este argumento bíblico cae a tierra *a menos* que la recepción del Espíritu sea igualada en algún sentido con la justificación. Porque si esto no fuera así, podría objetarse que si bien Abraham fue en verdad justificado por la fe, ello no implica necesariamente que la recepción del Espíritu tenga que depender necesariamente de la fe; es concebible que si bien la justificación es por fe, el don del Espíritu podría estar condicionado a las obras. Podemos entonces aceptar que Pablo concibe la recepción del Espíritu en co-

nexión tan estrecha con la justificación, que ambas pueden ser consideradas en algún sentido como sinónimas, así que en la recepción del Espíritu por parte de los gálatas también estaba implícita su justificación".

"Por lo tanto, así como en el pasaje anterior (Gálatas 2:15-21) Pablo interpretó la experiencia de su propia conversión en los términos de la justificación por la fe, en el presente pasaje (Gálatas 3:1-6), se considera que la experiencia iniciática de los gálatas (la recepción del Espíritu) incluyó la justificación por la fe, si es que no era un sinónimo de ella. Esto muestra nuevamente que, para Pablo, la justificación está ubicada al comienzo de la vida cristiana como una parte integral de la experiencia cristiana" (Ronald Y. K. Fung, *The International Commentary on The New Testament: The Epistle to the Galatians* [Comentario internacional del Nuevo Testamento: La Epístola a los Gálatas], F. F. Bruce, ed. [Grand Rapids: Eerdmans, 1988], pp. 136, 137).

Mi opinión personal acerca de todo este debate en torno a la justificación y la conversión que está teniendo lugar en la Iglesia Adventista es que mucho de él tiene que ver con exquisiteces teológicas que le tienen sin cuidado al hombre y a la mujer promedio que ocupan los bancos de la iglesia. Para el propósito de las definiciones teológicas, es importante que la conversión y la justificación se mantengan separadas, pero debemos comprender que ambas comienzan en el primer momento de la fe, y que ambas tienen que ver con el corazón tanto como con los registros celestiales. Y, como Pablo lo establece tan claramente en Gálatas 3:1-5, nuestra recepción del Espíritu Santo, que constituye la base de la conversión y de la santificación, no está basada en las obras así como tampoco lo está la justificación. Ambas llegan a nosotros por medio de la fe y fe sola, exactamente de la misma manera que como recibimos la justificación.

De comienzo a fin, no podemos enorgullecemos de que hayamos hecho nada para merecer la más ínfima parte de nuestra vida cristiana. Todo está basado en Cristo y éste crucificado.

Ese es el mensaje de Gálatas 3:1-5.